

EL SECRETO

Por *Tomasina Weber*

ALFREDO se vistió rápidamente para ir a desayunar. Casi no podía esperar el momento de llegar a la cocina. Era su cumpleaños, y por fin sus padres le revelarían el secreto del cual habían cuchicheado durante toda la semana. También le explicarían el significado de todas las llamadas telefónicas entre su mamá y su abuelita.

Bajó los escalones de dos en dos. Estaba seguro de que ya sabía cuál era el secreto. Había roto sus patines de ruedas, y le darían un par nuevo. ¡Dos semanas de inactividad para el campeón de patinaje del barrio, era un tiempo demasiado largo! Pero cuando le dieran los patines aparentaría sorprenderse, para no privarlos de ese placer.

-¿Dónde está abuelita? -preguntó Alfredo al entrar en la cocina. En su cumpleaños, la abuelita siempre llegaba temprano y traía una torta hecha por ella. La costumbre de la familia era entregar los regalos a la hora del desayuno, y servir la torta a mediodía.

-Estará con nosotros más tarde -explicó el papá-. Tenía algunas compras que hacer.

-¡Feliz cumpleaños! -le dijo la mamá, entregándole a Alfredo algunas cajas.

A Alfredo se le fue el alma a los pies. Las tres cajas que recibió eran chatas. En ninguna de ellas podía entrar un par de patines. ¿Se habrían olvidado de cuánto los necesitaba? No debía ser eso, porque la madre nunca se olvidaba de nada.

Alfredo abrió las cajas. Contenían ropas abrigadas de invierno. La mamá se rió.

-Eso es parte de la sorpresa que tenemos para ti.

Alfredo suspiró aliviado. La sorpresa todavía estaba por delante. Quizás recibiría aún los patines.

Tan pronto como la cocina estuvo limpia, la familia entró al automóvil y salió. Alfredo iba solo, en el asiento de atrás. Adelante, sus padres comenzaron de nuevo con sus misteriosos cuchicheos. Pero a él le parecía que sin la abuelita, no era su cumpleaños. ¿Por qué habría tenido ella que elegir ese día para ir de compras? Mientras observaba los árboles del camino que iban dejando rápidamente atrás, pensó en las horas que solía pasar patinando, y en la emoción que le proporcionaba sentir el roce del aire en sus mejillas. A veces, hasta le parecía que volaba.

Finalmente el papá salió de la carretera y se internó por un camino de tierra. Cuando por fin se detuvieron frente a una gran casona blanca, Alfredo miró con interés lo que lo rodeaba. Vio que detrás de la casa había un lago cuyas aguas fulguraban bajo la luz del sol.

-¿Quién vive aquí? -preguntó Alfredo.

-Nosotros -respondió la mamá. Alfredo la miró sorprendido y ella se rió-. Es decir, viviremos. Compramos esta granja y nos mudaremos la semana que viene.

Alfredo recorrió con su mirada el campo que rodeaba la casa, el galpón de techo chato y rojo, y el camino de tierra, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¡De manera que ésa era la sorpresa! Pero, ¿cómo podría patinar en una granja?

Después de que sus padres le mostraron toda la propiedad, lo dejaron solo. Acercándose al lago, Alfredo comenzó a tirar piedras en el agua. De pronto oyó que alguien se acercaba.

-¡Feliz cumpleaños, Alfredo!

-¡Abuelita! ¡Pensé que no vendrías!

Ella se rió y poniéndole la mano en la cabeza, le desordenó cariñosamente el cabello.

-Tú sabes que no faltaría a tu cumpleaños, Alfredo. Y dime, ¿cómo te gusta la sorpresa?

-¡Oh, magnífica! -respondió un tanto indiferente.

-Ya verás que te gustará vivir en el campo -comentó ella-. Aquí hay muchas cosas que puedes hacer, que nunca podrías hacer en la ciudad.



-Me gusta la ciudad.

-También te gustará el campo. Ya verás. -La abuela levantó un puñado de guijarros y los fue dejando caer entre sus dedos-. ¿Sabes tus padres que no te gusta vivir aquí?

Alfredo sacudió la cabeza.

-No puedo decírselo. Se sentirían muy chasqueados por mi actitud.

-Te alegrarás de no haberlo hecho -le dijo la abuelita-. Rara vez las cosas son tan oscuras como parecen. ¿Pero no llegó ya el momento de comer la torta?

La torta de la abuela estaba sobre el mesón de la cocina, con las velas prendidas. La mamá abrió y cerraba un cajón tras otro. El papá había improvisado un banco con un tablón y cuatro bloques de cemento.

-Siéntate, Alfredo -dijo la abuela-. Tengo algo para ti.

Mientras la abuela se dirigía a su automóvil, la madre comenzó a registrar las alacenas. Alfredo se preguntaba qué buscaría.

La abuela volvió a los pocos instantes con una caja que tenía una hermosa envoltura. Unas horas antes Alfredo la hubiera abierto ansiosamente, porque tenía exactamente la forma de una caja de patines. Pero ahora su entusiasmo había decaído. Desató cuidadosamente el lazo, despegó las esquinas del papel y levantó la tapa. Se quedó mirando su contenido, incrédulo, y luego miró a la abuela.

-Los patines de rueda no son todo -dijo la abuela-. Por eso me demoré tanto hoy. Estaba buscando patines para el hielo.

-¿Patines para el hielo! -exclamó Alfredo.

-Eso es algo que nunca tuviste en la ciudad -le hizo notar el papá-. Y por eso te regalamos ropas abrigadas.

-¡Oh, gracias! -y Alfredo acarició con sus dedos el suave cuero de la bota del patín. Casi podía verse deslizándose sobre la superficie del lago helado y sentir el viento que le daba en las mejillas. Y en verano, podría nadar en sus aguas... y quizás construir una balsa...

-¿Y? -preguntó el padre-, ¿comemos la torta o no?

La madre se restregó las manos.

-¿Qué pasa? -quiso saber la abuela.

-Bueno... -dijo la mamá-. Creo que me olvidé de traer un cuchillo. No sé cómo cortaremos la torta.

-La gente comía antes de que se inventaran los cuchillos. Tú primero, Alfredo -lo animó la abuela-.

¡Sácate una porción, muchacho!

Y Alfredo no se hizo rogar.